

EL PUEBLO NAVAJO

por William Gilbert Short

La tribu navajo es una de las tribus atapascanas del Sudoeste de los Estados Unidos. Ocupan una reserva de más de 15 millones de acres cuadrados que rodea las mesetas y llanuras, los cañones y las montañas de la parte Noreste del Estado de Arizona, la Sudoeste de Utah, la Noreste de Nuevo México y la parte Sudoeste de Colorado. Esta reserva, tan grande como la octava parte de España, es el hogar de la tribu más numerosa de los Estados Unidos. Hay unos 100.000 indios navajo (*New York Times*, 1968: sección IV) y se reproducen a una tasa tres veces mayor que la de los demás norteamericanos (Bureau of Indian Affairs, 1967:1).

La reserva navajo limita al Noreste con la cordillera de montañas, las Rocosas, que dividen al continente en dos partes; al Sudoeste, con el río Puerco; al Sur, con los ríos Little Colorado y Colorado, y al Norte, con el río San Juan. El área, así descrita, queda entre los 35° y los 37° de latitud Norte y entre los 106° y los 111° de longitud Oeste. En este área de 30.000 millas cuadradas está la reserva navajo de más de 24.000 millas cuadradas y sus alrededores. Aquí está comprendido la mayor parte del ambiente cultural del navajo moderno (Hester, 1962:7).

Casi toda la región es una serie de mesetas, más o menos planas, con una altura aproximada de 1.636 metros sobre el nivel del mar, que se formaron por una erosión de la tierra. Aparte de éstas, hay altas montañas de más de 3.330 metros y profundos cañones. Este territorio tiene fama por la belleza de sus paisajes y los grandes contrastes de su clima, por ser los inviernos muy fríos, los veranos calurosos y haber gran escasez de lluvia durante todo el año. Pero hay ciertas regiones del territorio navajo donde llueve en gran cantidad y habiendo grandes inundaciones (Hester, 1962:7). Casi la mitad del territorio, donde se encuentran las alturas más bajas, tiene un clima seco y caluroso en verano como el clima de cualquier desierto. En las mesetas de mayores alturas llueve más (hasta 30,5 centímetros al año). Aquí se encuentran bosques de pinos, robles, álamos temblones y abetos.

El desierto y las estepas se caracterizan por altas temperaturas bajo cero en el invierno, fuertes vientos y tormentas de arena en la primavera y gran cantidad de evaporación. En las montañas la estación agrícola es de unos noventa días y, a veces, se interrumpe por las heladas (Vogt, 1961:279).

La precipitación ocurre en dos estaciones del año. Entre enero y marzo hay nevadas, y entre julio y septiembre lluvias esporádicas, pero, a veces, llueve en gran cantidad produciéndose las inundaciones ya mencionadas. En la primavera y en junio no llueve casi nada, habiendo grandes sequías (Vogt, 1961:280).

En este ambiente tan precario, los navajo han desarrollado una economía basada en un conjunto de agricultura (especialmente maíz) y ganadería (rebaños de ovejas). También han establecido artesanías de platería y tejeduría (las famosas alfombras navajo). Actualmente, después de la Segunda Guerra Mundial, se han colocado millares de navajo fuera de la reserva, en los pueblos, las aldeas y las grandes capitales del país. También en esta época, por el descubrimiento de uranio y de petróleo en la misma y por el gran aumento del turismo, se han fomentado nuevas industrias (Vogt, 1961: 279, 280).

El navajo de hoy es el producto de varios cambios culturales que se han producido a través de los siglos. Esto se

nota en su modo de vestir; debajo de su ropa exterior, el navajo lleva su pañal indígeno («breech clout»), y sólo se lo quitan cuando se bañan y algunos ni durante éste. Encima llevan calzoncillos de calicó que llegan hasta las rodillas. Cuando estaban bajo el dominio mejicano los llevaban como pantalones. Hoy día llevan encima pantalones de vaquero, camisa, zapatos y sombrero. El navajo es el ejemplo viviente de la influencia de distintas culturas, pues ha absorbido algo de todas ellas (Woodward, 1938: 10, 11).

A través de los años, el navajo ha adquirido implementos agrícolas, ceremonias religiosas, rasgos y otras características de otros pueblos, como los apache, los pueblo, españoles, mejicanos y norteamericanos (Hester, 1962: 100, 101).

Hoy día la cultura navajo se encuentra en un proceso de ajuste y cambio, admitiendo las diferentes influencias de la cultura dominante de los Estados Unidos, la del blanco cristiano. A la fuerza han absorbido ciertos aspectos culturales. A pesar de que la mayoría practican su propia religión, han adquirido elementos de la religión cristiana, debido a la influencia de las misiones católicas y protestantes. Hoy día, debido a las leyes norteamericanas, tienen matrimonio monógamo en vez del polígamia de otras épocas. También han adquirido de los americanos el automóvil, las bebidas alcohólicas, las escuelas modernas, las prácticas modernas de medicina, el idioma inglés, la radio y la televisión, y el sistema de gobierno por cabildos (Hester, 1962: 94).

En este artículo pienso trazar la historia y el desarrollo cultural del pueblo navajo a través de los siglos. Voy a poner de relieve los efectos culturales de los contactos habidos entre los navajo con otras tribus indígenas, como la pueblo, y con los blancos (españoles, mejicanos y norteamericanos).

Nadie sabe con exactitud de dónde vinieron los navajo, ni se sabe exactamente cuándo y cómo llegaron ellos y otros apache al Sudoeste de los Estados Unidos (Kluckhohn, 1951: xv, xvi, xvii). Evon Z. Vogt, antropólogo e historiador, cree que hay cuatro grandes períodos en el desarrollo de la historia cultural navajo (Vogt, 1961: 279). Según éste, el primer período incluye los años de la llegada de los apache al Sudoeste de los Estados Unidos. Calcula, por medio de indicios

lingüísticos, que este período incluye los años 1034 antes de Cristo y 1300 después de Cristo. El segundo período citado comprende los años entre la llegada de los apache al Sudoeste, calculado por él entre 1000 y 1500, y los primeros indicios del contacto entre los apache de navajo y los españoles, comprobados por las historias escritas de los primeros cronistas españoles en 1630. El tercer período de Vogt incluye los años que hay entre el contacto con los españoles, en 1630, y la conquista del Sudoeste por los norteamericanos, en 1848. El cuarto comprende los años entre 1848 y hoy día (Vogt, 1961: 280, 281).

Según las teorías de Vogt y de E. Sapir, distinguido lingüista y antropólogo, los nadene fueron los antecesores de la familia atapascana y llegaron a Alaska de la China y del Tibet, en Asia, cruzando el estrecho de Bering (Sapir, 1936: 244, 235, y Huscher, B. H. y H. A., 1942: 80 a 88). Según estas teorías y la de Davis Hirsch, se separaron los grupos atapascanos, eyak, tinglit y haida alrededor del año 50 a. de C. Se separaron en Alaska, y los tinglit y haida emigraron a la parte Noreste, lo que hoy día son los Estados de Washington y Oregón. Entre los años 400 y 700 d. de C. se dividieron los atapascanos en varios grupos. Los hupa y los mattole emigraron a la costa del Océano Pacífico de los Estados Unidos. Entre los años 700 y 1000 la familia apache del grupo atapascano emigró al Sudoeste de los Estados Unidos y entre los años de 1466 y 1566 se volvieron a dividir formando los apache de San Carlos, los navajo, los apache de Chiricaua, los de Mescalero, Jicarilla y los apache de Kiowa (Kluckhohn, 1951: 5, 6).

Estas teorías se basan en la semejanza de las diferentes lenguas de las familias atapascana y nadene y otras semejanzas culturales que hay entre ellos. En la parte central del Estado de Colorado se han encontrado ruinas de viviendas muy semejantes a las actuales de los navajo. Los indicios señalan que esas viviendas se construyeron antes del año 1000 y que eran los *hoganes* de los atapascanos (Kluckhohn, 1951: 5 y 6).

Según James H. Hester, antropólogo de la Universidad de Arizona, estas viviendas y los indicios lingüísticos de Sapir

indican que los navajo y otros apache entraron en el Sudoeste por las llanuras de Colorado y las de la región Great Plains, en los Estados Unidos (Hester, 1962: 72). Los arqueólogos B. H. Huscher y H. A. Huscher, utilizando restos arqueológicos como pruebas, describieron la cultura atapascana plesioeste. Dijeron que la base de la economía era la caza; vivían en casas de piedra circulares con el techo cónico; fabricaban vasijas de barro templadas con arena. No conocían el hacha de piedra ni el mazo (Huscher, 1942: 80 a 88). Otras características comunes que tenían los navajo con los atapascanos de las grandes llanuras («Great Plains») eran el *hogan* y la trampa para cazar venados y antílopes (Hester, 1962: 72 a 74). Durante varios años, antes de 1500, los navajo vivieron en la parte Noreste de Nuevo México y en la parte Sudeste de Colorado. Tenían la misma economía de los apaches de la región de Great Plains, basada en la caza del búfalo y la gamuza. Su vivienda era el *hogan bifurcado*, una estructura redonda, sin ventanas, con una abertura en el medio del techo para dejar salir el humo de la lumbre. Por lo general, las paredes eran de pieles y ramas de árboles. La puerta tenía significado religioso y siempre estaba orientada hacia el Este. Hester, Kluckhohn y otros antropólogos creen que aquellos navajo dormían en el suelo, encima de pieles de animales, acostándose con los pies hacia la lumbre y la cabeza hacia la pared (*The Navajo Year Book*, VIII, 1961: 367, 368).

Es difícil establecer con exactitud las fechas de los primeros años de los navajo en el Sudoeste de los Estados Unidos. En el lugar más antiguo de ruinas, en Gobernador, Nuevo México, el antropólogo Hall, usando el método dendrocronológico, comprobó que los navajo vivían en esta vecindad (Gobernador se encuentra en la parte Noreste del Estado) antes de 1541 (Hodge, 1895: 223 a 240). El antropólogo Keur hizo excavaciones cerca de las de Hall que indican que se desarrolló una cultura navajo durante los dos siglos anteriores. El antropólogo Federico Webb Hodge dice que, antes de 1542, probablemente entre los años de 1481 a 1521, el navajo no tenía rebaños de ovejas y se vestía con ropa hecha de

corteza de árboles y otras fibras vegetales (Hodge, 1895: 223 a 240).

No se conocen con certeza los antiguos límites de la región Dinetah (el nombre navajo para su territorio) (Hester, 1962: 82 a 87). Según Hester en su libro *Navajo Migrations And Acculturation*, los navajo se llamaban *Diné*, que significa en español *la gente*. Dice que durante la estancia de éstos en el Sudoeste su cultura cambió mucho debido a los contactos con los otros apache, los indios pueblo y las diferentes tribus vecinas y a las relaciones con los españoles, mejicanos y norteamericanos.

Cuando llegaron los navajo al Sudoeste probablemente tenían una economía basada en la caza de animales y la recolección de hierbas y nueces silvestres. Practicaban una religión basada en el exorcismo y la brujería, con exorcistas y curanderos preocupados en curar a los enfermos. Su organización política era la de bandas dirigidas por jefes. Aparentemente no había ningún caudillo principal para dirigir a toda la tribu. La herencia pasaba de padre a hijo mayor (Hester, 1962: 82 a 87). Cada familia estaba encabezada por el padre y vivía en el lugar escogido por él.

Hay escasez de datos históricos referentes a los navajo antes de 1800. Todas las crónicas fueron escritas por españoles y, naturalmente, escribían los aspectos culturales de los navajo, pero desde el punto de vista de los colonizadores europeos. Los españoles no utilizaron la palabra *navajo* hasta 1626; antes de esta fecha los llamaban *apache* o *querecho* (Hammond y Rey, 1929: 582, 583). En sus informes, crónicas y otros documentos los autores españoles mencionan los saqueos de los apache y querecho. Según los cronistas, estos saqueos tenían lugar en las llanuras del medio Oeste (Great Plains), fuera del territorio indígena, en Nuevo México. También se mencionan las ocupaciones de los querecho y los objetos observados en las manos de los indios (Hester, 1962: 20). El explorador español Francisco Vázquez de Coronado se encontró con ellos, en 1540, en las llanuras del Oeste de los Estados Unidos. El conquistador e historiador español Antonio de Espejo, durante los años de 1582 y 1583, menciona

que los indios pueblo habían construido el pueblo de Acoma sobre una meseta a causa de una guerra entre éstos y los querecho. También menciona una batalla que hubo entre los querecho y los españoles cerca de la Sierra Taylor (Forbes, 1960: 57). Dice que después de la mencionada guerra entre los pueblo y los querecho comerciaron estas dos tribus. Cambiaban sal, ciervos, conejos y pieles curtidas por mantas de algodón y otros artículos (Worcester, 1947: 44).

Los indios hopi de Awatovi consiguieron, en 1583, la ayuda de los querecho en una pelea contra los españoles, marchándose cuando hicieron la paz (Forbes, 1960: 57, 58). Algunos indios desconocidos, en 1591, robaron caballos al español Juan Morlete. Siendo ésta la primera alusión en la historia a la adquisición de caballos por los indios del Sud-oeste de los Estados Unidos.

En el año 1595 el español Juan de Oñate, hijo de un rico negociante de minas de Méjico, consiguió un contrato del gobierno español para establecer una colonia en Nuevo México (Brinckerhoff, 1965: 3, 4). En aquella época el pirata inglés Francis Drake saqueaba las ciudades españolas de la costa de Sudamérica y Centroamérica y cuando llegó a California reclamó esta parte del Nuevo Mundo para Inglaterra. El propósito de la nueva colonia de Oñate era defender la frontera española y buscar el *Estrecho del Norte*, al que llamaron los ingleses *Nortwest Passage*.

El gobernador español de Nuevo México, en 1598, envió al Padre Alonso de Lugo al pueblo de Jémez como misionero de los apache y querecho. Antes de 1608 éstos tenían poco desarrollo como tribu. Los pueblo los miraban como gente muy atrasada y salvaje (Underhill, 1953: 226, 227 y 228). Comían hierbas, semillas, nueces y bayas silvestres; comían ciervos, gamuzas, aranatas (animales de las mesetas) y conejos. Para cazar usaban arcos y flechas y a veces lanzas de madera. El hombre se vestía con las pieles de los animales y llevaba polainas y mocasines de piel; la mujer utilizaba faldas y chaquetas de pieles y mocasines. También tenían una especie de manta (se cree que las conseguía de los indios pueblo) (Underhill, 1953: 250, 251). Antes de 1600 el indio querecho (navajo) vivía en el *hogan bifurcado* (*hogan* cuyo con-

torno se formó con palos bifurcados), lo cubría con pieles de animales, ramas y hierba seca. Para lavarse usaban otra especie de hogan bifurcado, calentándolo para que sudara la persona (baño sauna). Así se quitaba la suciedad del cuerpo sin gastar agua, pues siempre había gran escasez en el territorio navajo. Para tener sombra en el verano, los navajo construían una especie de zaguán que se llamaba «remada». Plantaban palos doblados en el suelo y los cubrían con capas de ramas; todavía se utiliza hoy día (Dittert, 1958: 61, 62).

El primer indicio de localización de los querecho se estableció por un hogan que se encontró en Chacra Mesa (la meseta de Chacra en Nuevo México). Los arqueólogos calcularon la fecha de su utilización en 1600. La meseta de Chacra se encuentra en la parte Norte del centro de Nuevo México (Hester, 1962: 31 a 42, 82). Se cree que antes de 1600 vivían en hogares aislados y dispersos en vez de comunidades compactas. Utilizaban vasijas de barro con fondos apuntados (Underhill, 1953: 250, 251). Antes de 1600 los querecho no tenían transporte o iban a pie. Para llevar a sus bebés, las mujeres usaban cradle boards (cunas atadas a sus espaldas). La criatura quedaba atada a la cuna que se cubría con pieles y tenía un quitasol para dar sombra a la criatura. Para guerrear utilizaban lanzas de madera, escudos de pieles, arcos, flechas y porras. Estaban acostumbrados en las guerras a quitar a sus enemigos el pericráneo con la cabellera.

En 1608 el Virrey Velasco envió al Gobernador de Nuevo México una fuerza militar para controlar a los querecho y prevenirlos de matar y robar caballos y ganado a los colonizadores españoles (Hester, 1962: 22). En 1614 los indios pueblo de Jémez y algunos apache, quizás los querecho, mataron a un indio de Cochiti (Reiter, 1938: 29). En 1622 los querecho saquearon el pueblo de Jémez y los indios lo tuvieron que abandonar por un año. Cuando se establecieron otra vez lo volvieron a saquear (Amsdem, 1932: 200, 201) (Scholes, 1936: 145, 146).

Se utilizó por primera vez, en 1626, la palabra *navajo* en los informes españoles. El Padre Salmerón fue el primero en escribir sobre estos indios como los *Apache de Navaxu*

(sic) (Lummis, 1938: 183). En este año los navajo vivían a orillas del río Chama, al Noroeste del pueblo español de Santa Clara (Bartlett, 1932: 29). Los indios pueblo de la tribu Tewa nombraron a los navajo y otros apache. En el idioma tewa la palabra *apachu* (sic) significa *forastero* (extranjero) y también *enemigo*. Los navajo se establecieron cerca de los indios pueblo, en la parte Norte del centro de Nuevo México, aprendiendo su agricultura. Un grupo se estableció en el lugar de *Nabaxu* (sic), a orillas del río Grande, y allí cultivaron la tierra. Los tewa los llamaban los *Apache de Nabaxu* (sic), que significa en castellano «los forasteros navajo». El Padre Zarate Salmerón escribió que éstos cultivaban grandes sementeras a orillas del río Grande (Underhill, 1953: 226), y Hester, 1962: 21). Antes de estas crónicas los españoles prestaron bastante atención a los querecho (navajo) sin utilizar la palabra navajo (Hester, 1962: 25, 26).

Los españoles establecieron, en 1620, en el pueblo de Santa Clara, una feria anual para comerciar con los navajos y los pueblo (Worcester, 1947: 44). Los españoles, interesados en el comercio con los indígenas, establecieron reglas de intercambio y precio para las ferias (Thomas, 1932: 338, 356). En este año los navajo recibieron de los españoles hachas, cuchillos, relicarios religiosos, tabaco y bayeta por pieles curtidas de animales.

Después de 1626 los españoles gastaron mucho tiempo, dinero y esfuerzo en tratar de convertirlos a la fe cristiana. En 1628 el fraile Pedro Ortega bautizó a los caciques Quinia y Manasas, quienes vivían a 59 leguas de Santa Clara, al Oeste del río del Norte (río Grande) (Hodge, Hammond y Rey, 1945: 89, 90). Después del bautizo los frailes españoles Bartolomé Romero y Francisco Muñoz bautizaron a otros muchos (Blom, 1933: 226). Construyeron una iglesia en la ranchería de Quinia, pero abandonaron la misión cuando éste intentó matar al Padre Romero. Este suceso fue el primer fracaso documentado de los intentos de misioneros de los españoles entre los navajo (Hodge, 1895: 90). El fraile español Alonso de Benavides, en 1629, estableció una misión en Santa Clara, cerca del territorio navajo. Los navajo podían llegar en un día a pie (Hodge, 1895: 86, 87, 310).

Entre los años de 1630 a 1680 éstos obtuvieron caballos y ovejas, pero no se conoce con exactitud el año en que lo lograron. Lo más seguro es que los obtuvieran por medio de saqueos a los pueblos españoles y de otros indios (Barlett, 1932: 29 y 30).

En 1639 atacaron al pueblo de Jémez y mataron al fraile Diego de San Lucas (Hodge, 1895: 277). Durante los años de 1641 y 1642 los españoles los atacaron y éstos aceptaron, en 1642, una tregua de paz (Forbes, 1960: 136, 144), pero la tregua duró pocos años, pues volvieron a atacar, en 1649, al pueblo de Jémez y fue sumamente difícil para los españoles mantener su misión allí. Hubo una alianza en 1650 entre éstos y los pueblo para sublevarse contra los españoles, entregando los caballos de éstos a los navajo, pero aquéllos cogieron a los conspiradores y ahorcaron a todos. Nuevamente atacaron el pueblo de Jémez en 1653 y fueron perseguidos por los españoles hasta su propio territorio sin poderlos coger (Worcester, 1947: 66a). Como resultado de estos saqueos y hostilidades, los españoles, en 1699, enviaron una expedición al territorio navajo para adquirir esclavos. También en este año, como resultado de una escasez de alimentos, éstos vinieron a los pueblos para vender a sus hijos a los españoles e indios pueblo. Se aprovecharon aquéllos de esta oportunidad y cogieron a todos los que habían venido (hombres, mujeres y niños) (Forbes, 1960: 136, 144).

Los españoles prohibieron, en 1663, a los navajo comerciar con los indios pueblo (Forbes, 1960: 144, 145, 161). A causa de esto y de una gran carestía que tuvo entre los años de 1666 a 1671, atacaron la misión de Hawikuh y mataron a un fraile (Hodge, 1937: 98 a 101). Durante los años de 1673, 1677, 1678 y 1679 los españoles lucharon contra los navajo y otros apache (Hodge, 1937: 168, 171, 173, 175, 178 a 180). Los pueblo, en 1680, se aliaron con éstos y derrotaron a los españoles. Estos, entonces, tuvieron que volver a México y abandonar la frontera colonial del Norte (Nuevo México).

En 1681 el Gobernador Otermín trató de reconquistar Nuevo México, pero fracasó en el intento (Hackett y Shelby, 1942: 202 a 403). Cosa que no se pudo hacer hasta 1692, cuando

Diego de Vargas volvió a Santa Fe y avisó a los pueblo que tenía la autoridad del virrey para perdonar a los indígenas insurgentes. Desde Santa Fe visitó los pueblos del río Grande y recibió su apoyo. Al volver a Santa Fe de Vargas y su ejército se encontraron que otros indios insurgentes la habían ocupado. Hubo una batalla que duró poco tiempo y los españoles tomaron posesión de la capital colonial (Wissler, 1956: 222). A pesar de este éxito no podían vencer a los navajo porque se aliaron con los hopi y los pueblo de Jémez y Acoma para continuar la lucha (Wissler, 1966: 222). En 1693 asesinaron a un muchacho español y robaron caballos (Espinosa, 1934: 147, 148). Durante los años de 1693 a 1694 se aliaron con los apache de río Colorado y con los pueblo de Taos, Picuris, Jémez y Cochiti para luchar contra los españoles, y en 1694 atacaron al pueblo de Zuñi (Bailey, 1940: 130, 161). Los españoles, en 1695, habían reconquistado casi todos los pueblos del río Grande y los frailes volvieron a sus misiones, pero los indios de Acoma, Zuñi, Hopi, Navajo y Apache seguían sublevados (Forbes, 1960: 258, 263, 273).

Entre los años de 1680 a 1696 los navajo se aliaron con varias tribus pueblo en su lucha contra los españoles; se sublevaron en 1680 y echaron a los conquistadores de Nuevo México. En 1692, bajo el mando de Diego de Vargas, los españoles volvieron, tomaron la capital, Santa Fe, y ocuparon de nuevo el territorio. Después de esta derrota la mayoría de los pueblo huyeron a las montañas del territorio navajo a vivir con éstos. Vivieron juntos hasta 1696 y muchos de ellos lo hicieron durante más años (Forbes, 1960: 258, 263, 273).

Durante la época de 1680 a 1700 los navajo aprendieron mucho de los pueblo y se casaron entre ellos. Los navajo aprendieron la agricultura de los tewa, alrededor de 1628, y mejoraron sus implementos y técnicas después de 1690. De los pueblo consiguieron el palo de madera para arar (Hester, 1962: 110). Entre los años de 1600 a 1650 extendieron el territorio al Noreste, al Sur y al Sudoeste. En 1628 estaban cerca del territorio hopi, en Arizona, y llegaron al Cañón de Chelly en 1666.

De los pueblo aprendieron a tejer mantas y establecieron el sistema de gobierno basado en la familia extendida en vez

de la banda (Hester, 1962: 110). Hasta hoy día para ellos el significado de la palabra *familia* es algo diferente al que le dan los españoles. El significado indio es mucho más amplio e incluye a más personas que los padres, hijos, abuelos, primos y tíos, aunque la unidad básica de familia incluye a estas personas (Kluckhohn, 1951: 54, 55, 56). Después de casarse el hombre es costumbre que forme el hogar con los parientes de su mujer. El, su esposa y los hijos viven al lado de los hogares de los parientes y esta unidad familiar es lo que se llamará *familia extendida*. Esta puede constar de 20 o 25 personas. Sus miembros se ayudan entre sí para obtener el sustento diario y para asistir a los acontecimientos, como nacimientos, fallecimientos, casamientos, enfermedades, ceremonias, etc. Por lo general hay un hombre que funciona como cacique de toda la familia. La mujer se encarga de los deberes normales de la casa y a veces trabaja junto con los hijos al lado del hombre en las faenas agrícolas. El marido va a por leña y el agua y hace el trabajo más duro. Generalmente los hijos o la mujer son los pastores de los rebaños. En el sentido que están acostumbrados los españoles hay pocos pueblos y aldeas, pues la base de los centros de población es la *familia extendida*. Ni el pueblo ni la aldea, hasta ahora, ha tenido mucha importancia en la cultura navajo (*The Navajo Yearbook*, VIII, 1961: 369, 370).

Debido a las relaciones culturales y matrimoniales entre los pueblo y los navajo, la mujer navajo obtuvo más importancia y poder. El sistema de herencia, que era patrilineal, cambió a matrilineal. Hasta hoy día ella domina la familia y controla los bienes gananciales (Vogt, 1961: 292, 293).

Entre los años de 1638 y 1696 los navajo utilizaban una construcción especial para almacenar el maíz. Durante esta época desarrollaron un idioma hablado, sabían comerciar y llevar las relaciones diplomáticas con los pueblo. Practicaban en aquella época un sistema matrimonial de poligamia (Vogt, 1961: 292, 293).

Durante la estancia de los pueblo con los navajo éstos adoptaron la arquitectura de aquéllos y construyeron pueblitos y murallas con defensas de piedras y adobes (Hester, 1962: 42). Adoptaron el método de la fabricación de vasijas y el de

tejer las mantas de lana. Mucho de los pueblo se quedaron con ellos como una tribu especial (Hardlicka, 1900: 339 a 345). También, durante esta época, se desarrolló mucho la religión navajo y se establecieron el mito de origen y varios ritos ceremoniales. Una ceremonia, el famoso Yebitcha (Underhill, 1953: 228), es muy semejante al baile pueblo. La ceremonia dura nueve días; durante los ocho primeros se hacen los preparativos para los bailes con rezos, ofrendas de relicarios y tabaco a los dioses. El día noveno hay un baile público en el que los bailarines llevan máscaras y kilto (faldas escocesas) al estilo pueblo (Underhill, 1953: 228).

Durante el siglo XVII rechazaron completamente la religión cristiana por la gran diferencia que había en la manera de pensar entre el navajo y el blanco. El cristiano cree en un solo Dios, Todo Bueno, Todo Poderoso, pero el navajo tiene varios dioses. La religión de éstos es un sistema de ceremonias y magia con el fin de satisfacer los requisitos de la vida de los vivos. El indio no se preocupa de la muerte, ni de la vida en el más allá (*The Navajo Yearbook*, 1961: 369, 370). Según la creencia navajo, el hombre al morirse pierde la identidad y no recibe ni castigo ni recompensa. La religión le ayuda en esta vida, pero no en la otra. El fin principal del hombre debe ser el de controlar y manejar los factores del ambiente en este mundo para su bienestar. Tiene que guardar la salud y mantener el equilibrio con la naturaleza (Kluckhohn, 1951: 141).

En conjunto, el navajo con la religión tiene su propia filosofía sobre la vida. Una de las bases de ésta es la idea de la vida como una experiencia sumamente peligrosa (Kluckhohn, 1951: 141). Creen en la brujería, en espectros y en lo supernatural. Lo importante para lograr éxito en la vida es mantener el orden en los sectores de ésta que están fuera del control del hombre a través de las ceremonias o ritos. También hay que tener mucho cuidado con las personas que no sean sus parientes. Según la moral navajo, hay pocas actividades de la vida que sean malas en sí. Cree que la naturaleza es más poderosa que el hombre y éste no puede regularla o dominarla completamente. Creen que la naturaleza los trata bien si obran según les dicta. Creen que el ser humano no es ni

malo ni bueno, sino un conjunto de lo malo y lo bueno. Para el indio navajo la vida actual es la única importante, pero no cree de ninguna manera que ésta sea una preparación para una vida eterna. En este sentido, la moral navajo es completamente diferente a la del cristiano. El acto sexual fuera del matrimonio no es pecado con tal que no sea pariente suyo el objeto de éste. Para éstos el matrimonio es un arreglo entre dos familias y no es asunto romántico de sólo dos individuos (*The Navajo Yearbook*, VIII, 1961: 511, 521, 532).

A causa del matrimonio de los navajo, que son altos y delgados, con los pueblo, que son bajos y gruesos, cambió un poco la raza navajo y ahora hay algunos indios bajos y gordos y otros altos y musculosos (Underhill, 1953: 228).

Se estableció en 1698 otra vez la paz entre los navajo y los españoles. Mucho de los pueblo volvieron a sus antiguos hogares, a orillas del río Grande y a otras partes del Estado (Thomas, 1935: 14, y Worcester, 1947: 88). Pero los navajo siguieron con los asesinatos y saqueos a los pueblos españoles (Reeve, 1959: 214). Los españoles, en 1699, hicieron la paz, pero en 1782 los navajo rompieron el tratado y empezaron de nuevo las hostilidades (Reeve, 1959: 214). Siguieron con sus actividades de robo, guerra y conspiración entre los años de 1702 y 1706. Se aliaron con los ute y tewa y atacaron en 1705 el pueblo de Abiquiu (Worcester, 1947: 98, y Thomas, 1932: 22), pero fueron expulsados por los españoles. También en 1705, durante una expedición de castigo, el oficial Roque Madrid averiguó que algunos pueblo de Jémez vivían con los navajo (Hodge, 1895: 278). En 1706 saquearon los pueblos de San Ildefonso, Santa Clara y San Juan, siendo perseguidos por una expedición de castigo (Reeve, 1959: 216, 219).

Entre los años de 1706 a 1743 se escribieron los documentos Rabal, crónicas al virrey de España en Méjico, que nos dan la primera historia detallada de los navajo. Según estos documentos, los de aquella época vivían en pequeñas comunidades, fuera de los campos cultivados, que tenían en las mesetas cercanas (Kluckhohn, 1951: 5, 6). Su economía básica era la agricultura, pero también tenían rebaños de ovejas y cabras y, en menores cantidades, caballos. Dicen los documentos Rabal que obtuvieron los caballos y el ganado por

medio del saqueo a los pueblos o por medio del comercio con los españoles y los pueblo. Doce testigos en estos documentos (Hill, 1940: 396) dicen que los navajo vivían encima de mesetas defensivas, en casas circulares de piedra, al estilo pueblo y también algunos lo hacían en el hogan de palos bifurcados. Ocupaban un área de 30 leguas al Este de Jémez, de aquí al río San Juan, y al Este hasta un lugar a 40 leguas al Oeste del pueblo de Chama. Durante esta época (1706 a 1743) se calculó la población navajo entre los 2.000 y 4.000 indios (Hill, 1940: 396).

Desde los primeros contactos hasta 1750 los españoles intentaron convertirlos a la fe cristiana sin obtener mucho éxito. En la comunidad navajo de Cebolleta, en 1746, los frailes españoles bautizaron a quinientos indios después de regalarles cuchillos, tabaco, rosarios, relicarios y telas de bayeta y calicó (Hackett, 1937: 421). Aparentemente la conversión de éstos era una cosa muy superficial, porque en 1750 atacaron las misiones de Encinal y Cebolleta y echaron a los misioneros. Los españoles abandonaron sus intentos de convertirlos. Los fracasos de Encinal y Cebolleta representan la negación de los navajo en aceptarla y vivir en los pueblos de los blancos. Después de 1750 no se hicieron grandes intentos para convertirlos (Hackett, 1937: 292, 432, 433, 434).

Durante el siglo XVIII hubo épocas de guerra y épocas de paz entre los españoles y los navajo (Hester, 1962: 23). Los consideraban como indígenas hostiles, aunque menos feroces que los otros apaches y los comanches (Brinckerhoff, 1965: 305). Tan difícil era el problema de los indios y tan grande los fracasos al tratar de convertirlos a la fe cristiana que en el año 1772 se publicó en España un Decreto Real que servía de guía para tratar a los indios hostiles (Brinckerhoff, 1965: 30).

«Resuelto por el Rey Nuestro Señor en cédula de septiembre de 1772.

De orden del Exmo. Sr. Virrey de Este Reino.

TITULO DECIMO

Trato con los indios enemigos e indiferentes

1. Debiendo la guerra tener por objeto la paz y siendo él de mi mayor atención la conversión de los indios gentiles y la tranquilidad de los países de Frontera, el inspector comandante y los capitanes y tropa de presidios tendrán siempre presente que los medios más eficaces de conseguir tan útiles y piadosos fines, son el vigor y la actividad en la guerra, y la buena fe y dulzura de trato con los rendidos, dados de paz o prisioneros. Por tanto, la primera atención de todos ha de ser con los indios declaradamente enemigos, mantener una viva e incesante guerra y, en cuanto sea posible, atacarlos en sus mismas rancherías y terrenos; pero con los prisioneros de todos éstos se hagan en las funciones de guerra, prohíbo todo mal trato e impongo pena de muerte al que matase a sangre fría, y mientras no se remitan a las cercanías de Méjico, para que mi virrey los destine como convenga. Mando se les asista con la ración de víveres diaria que se le da a los indios auxiliares; y las mugeres (mujeres) o párvulos que se aprehendan serán igualmente tratados y asistidos procurando su conversión y enseñanza.
2. Pero habiendo acreditado la experiencia (experiencia) que la suavidad y buen trato con los prisioneros particulares es tan útil, como perniciosa la contemplación con la nación entera, y la facilidad de conceder paces o treguas, que no sean cimentadas y seguras, mayormente a los apaches, que con distintos nombres hostilizan las fronteras, demostrando el descojo de la paz, a reducción cuando se hallan inferiores en fuerzas, o atemorizados por los sucesos, y abu-

sando después a la primera ocasión, interpretando como debilidad la clemencia con que se les ha tratado y admitido, prohíbo al inspector comandante y a los capitanes de presidios, que puedan concederles paz; y en el caso de que la pidan con seguridades o señales que la persuadan estable o verdadera, o que quieran sujetarse a mi dominación, sólo se les concederá por los capitanes una tregua o suspensión de armas (dando rehenes), por los días suficientes para tener la confirmación del inspector comandante, y por esto no se les alargará tampoco, sino por el tiempo necesario, para con la aprobación de mi virrey formalizar las circustancias y condiciones, exigiendo siempre, durante las referidas treguas, la total cesación de hostilidades, y si pudiera, la restitución de prisioneros, españoles o indios.

3. Siendo de suma importancia que las naciones bárbaras se aficionen y conozcan las ventajas del cange, que de suyo trae la de conservar la vida de los prisioneros de ambas partes, y muy posible muy desterrada por el interés la crueldad con que tantas veces los han asesinado, vayan despertándose en estos indios los sentimientos de humanidad; encargo muy especialmente a mi virrey, al comandante inspector y a los gobernadores y capitanes de presidios, por primera condición de las treguas o suspensión de armas que concedan, y de aguardar en él la más escrupulosa buena fe y por todos los oportunos, procuren establecerse este uso; y en el caso de lograrse, o tener fundadas esperanzas de ellos, no remitirán los prisioneros a Méjico, como prevenido; de la fuga que proporciona la inmediación de los presidios; el cange deberá hacerse por hombre, etc., pero si no fuese deseable y hubiese de darse más número por mis tropas, será de dos o tres enemigos por cada español, y de ningún modo se entenderá esto con los indios auxiliares o exploradores, que han de cambiarse al tanto: la solemnidad de este acto se verificará a presencia de todos los oficiales que se hallan en el parage

(paraje), y certificada por ellos la relación circunstanciada, a menos que esté presente el comandante inspector, en cuyo caso bastará su relación firmada para que conste a mi virrey.

4. Si el inspector comandante pareciese conveniente dar libertad a algún prisionero, para que llegue a noticia de las naciones enemigas al buen trato que se tiene con los rendidos, al paso que ya conocen el vigor que se les hace la guerra, podrá ejecutarlo.

5. Los presos que se hicieran sobre los enemigos, siendo de caballos, mulas, ganados, víveres u otros efectos de los pocos que poseen, se repartirán sólo entre los soldados e indios exploradores o auxiliares que se hallaren en la acción, a premio de su fatiga; pero por ningún caso las personas con quienes debe practicarse lo preventido arriba.

6. Con las naciones que se mantienen quietas o neutrales, se conservará el mejor trato y correspondencia, disimulándoles algunas faltas o leves excesos, y procurando inducirlos con el buen ejemplo y persuasión a que admitan misioneros, y se reduzcan a mi dominación: si alguna vez hicieran (como suelen) robo de caballado u otro exceso que no conviene disimular, y requeridos no los restituyeran, se les obligarán con la fuerza, haciéndoles el menos daño que sea posible, y los que prendieren los retendrán en el presidio hasta que disponga el comandante si han de restituírse o imponérseles alguna pena, prohibiendo todo castigo personal en el campo después de aprehendidos y por ningún caso se repartirán los indios arrestados, como indebidamente se ha practicado, antes si se les tratará y asistirá como esté preventido con los prisioneros de guerra; pero a las mugeres (mujeres) y niños que se cogieran, se les tratará con suavidad, restituírán a sus padres y familias, a fin de que conozcan que no es el económico ni el interés, sino la justa compensación promueve las providencias; y esta restitución se hará ante todos los oficiales que

firmarán la entrega, dando fuente con ella al inspector y esta a mi virrey.»

Aparte de las fortalezas y el plan militar para tratar a los navajo y a otros indios, los españoles tenían el plan de las misiones con los frailes misioneros y el plan de poblaciones con aldeas para los españoles civiles (Brinckerhoff, 1965: 81, 82). Las misiones y las aldeas nunca estaban muy lejos de la fortaleza o presidio. El plan de la misión o de las aldeas pobladas por granjeros, obreros y negociantes españoles era muy bueno en teoría, pero en la práctica ni unas ni otras tuvieron éxito como política educativa para los navajo. Los frailes españoles pensaban convertir a los indios y ponerlos en misiones donde aprendieran la fe de Dios, lo mismo que la agricultura y otros oficios útiles y pacíficos (Brinckerhoff, 1965: 81, 82), pero fracasaron cuando intentaron convertirlos a la fe cristiana. Estos indios no querían someterse al blanco y menos a su religión (Kluckhohn, 1951: 5, 6).

A fines del siglo XVIII y a principios del XIX se mencionan a veces a los navajo en los documentos oficiales españoles, pero casi siempre en sentido de guerra o saqueo por parte de éstos (Kluckhohn, 1951: 5, 6). Ocasionalmente se mencionan los bailes o las ceremonias como ritos españoles y de los mexicanos (en el año 1821 Méjico obtuvo la independencia de España). Enseñaron a las tribus pacíficas, y entonces los navajo aprendieron la cerámica de los indios, robaron caballos y ganado de los españoles y los pueblo y también de éstos aprendieron el uso de la lana y cómo hacer sillas de montar y bridas. Al adquirir el caballo, los navajo tuvieron más movilidad y, a la misma vez, consiguieron más unidad como tribu (Kluckhohn, 1951: 5, 6). Aunque se frascasó con las misiones al hacer el intento de convertirlos, les enseñaron, por medio indirecto, a través de los pueblo y otros indígenas, el uso de ovejas, cabras y caballos. Todo esto cambió la sociedad navajo en una con mayor unidad, poder de movilidad y riqueza y aumentó el poder y el peligro de éstos para los norteamericanos, cuando los Estados Unidos se apoderaron de los inmensos territorios de Arizona y Nuevo México (Kluckhohn, 1951: 5, 6).

La cultura navajo cambió mucho durante los siglos XVIII y XIX. Durante la primera parte del XVIII los navajo adoptaron muchas costumbres y rasgos de los pueblo. Aceptaron el estilo pueblito de arquitectura para sus almacenes, pero rechazaron la vida sedentaria de éstos, sus sistemas de gobierno y la idea de vivir en comunidades de mucha población (Hester, 1962: 82, 83, 89). A finales del mismo siglo aumentó la importancia de la nueva economía, basada en los rebaños de ovejas, la fabricación de mantas de lana para comerciar con los españoles y otros indios y el uso del caballo y armas europeas (rifles y cuchillos) para guerrear y robar a aquéllos. Durante el siglo XVIII y a partir del XIX aumentaron su territorio por medio de la emigración. Lo hicieron a Arizona, a Colorado, Utah y al centro y Sudoeste de Nuevo México (Hester, 1962: 82, 83, 89).

Bajo el régimen de los mejicanos (entre los años de 1821 a 1846) creció el poder y peligro de éstos y continuaron con los saqueos, los robos y los asesinatos. De los mejicanos aprendieron el arte de la platería y los hombres adoptaron el estilo de vestirse. Bajo su régimen utilizaron menos el *hogan de palos bifurcados* y sí más piedras y adobes para construir sus casas. También construyeron hoganes como el de los troncos entremetidos y el de los muros de piedra. Después de 1821 fabricaron menos vasijas y otros utensilios de barro porque comerciaban más con los mejicanos y otros indios. Por lo general éstos no trataron de convertirlos a la fe cristiana (Vogt, 1961: 302, 303, y Hester, 1962: 89). En realidad, el control político de Nuevo México por parte de los mejicanos hizo posible a los navajo robar más, guerrear y asesinar, debido a la escasez de fuerzas militares para controlarlos (Hester, 1962: 89).

En 1848, como resultado del tratado Guadalupe-Hidalgo, se trasladó el control político de Nuevo México y Arizona a los Estados Unidos. Esto trajo consigo un nuevo cambio en la cultura navajo (Hester, 1962: 89). En este año los navajo tenían muchos rasgos y útiles culturales adquiridos de los españoles, los pueblo y los mejicanos. Todo el mundo llevaba ropa de lana y nadie se vestía de pieles. Las mujeres llevaban los vestidos negros como una gran manta doblada y atada a

los hombros. Los hombres, pantalones con botones de plata (Vogt, 1961: 302, 303).

En su división de trabajo entre sexos el hombre era el dueño de los caballos y mantenía sus rebaños, cazaba, cultivaba la tierra y participaba en los saqueos de los pueblos vecinos (Vogt, 1961: 302, 303). La mujer heredaba los bienes gananciales de la familia y, en realidad, encabezaba ésta y tenía más importancia que el hombre. Este sistema matrilineal sigue hasta hoy día (Vogt, 1961: 302, 303).

Con el régimen norteamericano vinieron conflictos entre los militares y éstos, pues no soportaban sus actos de guerra y saqueo. El resultado de los conflictos fue una guerra que la ganaron los norteamericanos y encerraron a los navajo en un campo de concentración en Bosque Redondo y los intentaron civilizar a la fuerza. Debido a los fracasos de las cosechas y a la actitud intransigente de éstos, los intentos de civilizarlos a la fuerza fracasaron y volvieron a su antiguo territorio en una reserva que quedaba entre Nuevo México, Utah, Arizona y Colorado. Como resultado de la conquista por los norteamericanos, cesaron la guerra contra los blancos y los indios vecinos (Hester, 1961: 89, 90).

La época de la reserva continúa hasta hoy día y se caracteriza por el aumento de contactos de los navajo con la cultura nacional de los Estados Unidos. Estos contactos culturales consisten en el servicio militar obligatorio, programas federales de sanidad, educación, conservación de los recursos naturales de la reserva y la construcción de escuelas y carreteras (Hester, 1961: 89, 90). También ha habido contacto con varias agencias particulares, como las misiones católicas y protestantes, el ferrocarril, las empresas mineras, las petroleras, los mercaderes y los turistas (Hester, 1961: 89, 90). Todo esto ha traído muchos cambios a la sociedad navajo. Son los siguientes: la medicina moderna, un sistema político basado en un sindicato de cabildos de la reserva (Navajo Tribal Council), la educación en la cultura norteamericana y la conversión de una pequeña minoría a las religiones católicas y protestantes. Debido a los conflictos culturales entre las dos sociedades, hay mucha ansiedad entre los indios que se expresa por medio del alcohol, el sexo y la religión indígena (Sasaki,

1960: 175 a 203). Se han sustituido productos comerciales por las vasijas de barro y cestos de paja que antes fabricaban. Hoy día los jóvenes hablan inglés y muchos de ellos los dos idiomas —el inglés y el navajo—. Se han aumentado las industrias de platería y tejeduría para mejorar la economía. Ahora hay más hoganes construidos de troncos enlazados o entremetidos que hoganes construidos de palos bifurcados. Algunos navajo viven en casas de madera al estilo campesino americano (Sasaki, 1960: 175 a 203). Hoy día la riqueza y el dinero tienen más importancia entre ellos que anteriormente y usan tanto el camión y la caravan como los carros de otras épocas (Hester, 1962: 89, 90, y Sasaki, 1960: 175 a 203).

BIBLIOGRAFIA

- Adair, John.
 1944 *The Navajo and Pueblo Silversmiths*. Norman. University of Oklahoma Press.
- Amsden.
 1932 *Navajo Origins*. *New Mexico Historical Review*. Tomo 7. Núm. 3.
- Bartlett, K.
 1932 *Why the Navajos Came to Arizona*. *Museum Notes*. Arizona Museum. Flagstaff, Arizona.
- Bloom, L. G.
 1933 *Fray Esteban de Perez's Relation*. *New Mexico Historical Review*. Tomo XIII.
- Brinckerhoff, S., y Odie S. Faulk.
 1965 *Lancers for the King*. Arizona Historical Foundation. Phoenix.
- Bureau of Indian Affairs.
 1961 *Navajo Yearbook VIII*. Navajo Agency. Indian Service Bureau. Window Rock, Arizona.
 1967 *The Navajos*. Bureau of Indian Affairs. Washington.
- Ditert, A. E.
 1958 *Salvage Archaeology and the Navajo Project: A Progress Report*. *El Palacio*. Tomo LXV. Núm. 5. Santa Fe, Nuevo México.
- Espinosa, J. M.
 1934 *The Legend of Sierra Azul*. *New Mexico Historical Review*.
- Forbes, J. D.
 1960 *Apache, Navajo and Spaniard*. University of Oklahoma Press. Norman, Okl.
- Hammond, G. P., y A. Rey.
 1929 *Expedition into New Mexico made by Antonio de Espejo*. Quivira Society Publications. Los Angeles.
 1940 *Narratives of the Coronado Expedition, 1540-42*. University of New Mexico Press. Alburquerque.
 1953 *Don Juan de Oñate, Colonizer of New Mexico, 1595-1628*. University of New Mexico Press. Alburquerque.

- Hackett, C. W.
- 1937 *Historical Documents Relating to New Mexico, Nueva Vizcaya and approaches thereto, to 1773*. Carnegie Institution. Publ. número 330. Tomo III. Washington.
- Hackett, C. W., y C. C. Shelby.
- 1942 *Revolt of the Pueblo Indians of New Mexico and Otermin's attempted reconquest, 1680 to 1682*. The University of New Mexico Press. Alburquerque.
- Hardlicka, A.
- 1900 Physical and physiological observations on the Navajo. *American Anthropologist*.
- Hester, James J.
- 1962 *Early Navajo migration and acculturation in the Southwest*. Museum of New Mexico Press. Santa Fe.
- Hill, W. W.
- 1940 *Some Navajo Culture Change during two Centuries*. Smithsonian Miscellaneous Collections. Tomo C.
- Hodge, F. W.
- 1895 The Early Navajo and Apache. *American Anthropologist*. Vol. 8. Número 3. Pp. 223-240. Menasha, Wis.
- 1937 *History de Hawikuh*. Publications of Frederick Webb Hodge Anniversary Publication Fund. Tomo II. Los Angeles.
- Hodge, F. W., G. P. Hammond y A. Rey.
- 1945 *Fray Alonso de Benavides Memorial of 1634*. University of New Mexico Press. Alburquerque.
- Huscher, B. H. y H. A.
- 1942 Athapascan Migration via the Intermontane (Intermountain) Region. *American Antiquity*. Vol. 8. Núm. 1. Pp. 80-88. Menasha, Wis.
- Kluckhohn, Clyde, y Dorothea Leighton.
- 1951 *The Navaho*. Harvard University Press. Cambridge, Mass.
- Lummis, C. (redactor).
- 1938 *Fray Zarate Salmeron's Relation*. Land of Sunshine. Tomo XII. Los Angeles.
- Reeve, F. D.
- 1959 Navajo-Spanish Wars, 1680-1720. *New Mexico Historical Review*. Tomo XXXIV. Núm. 1.
- Reiter, P.
- 1938 *The Jémez Pueblo of Unshagi, New Mexico*. University of New Mexico. Bulletin núm. 326. Alburquerque.
- Sapir, E.
- 1936 Internal linguistic evidence suggestive of the Northern origin of the Navaho. *American Anthropologist*. Tomo XXXVIII. Núm. 2. Páginas 224-235. Menasha, Wis.
- Sasaki, T. T.
- 1960 *Fruitland, New Mexico: A Navaho Community in transition*. Cornell University Press. Ithaca, N. Y.
- Short, William G.
- 1968 *La política educativa de los Estados Unidos entre los navajo*. Tesis doctoral. Universidad de Madrid.
- Thomas, A. B.
- 1932 *Forgotten Frontiers*. University of Oklahoma Press. Norman, Okl.
- 1935 *After Coronado*. Oklahoma University. Norman, Okl.

- Underhill, Ruth.
1953 *Red Man's America*. University of Chicago Press. Chicago.
- Vogt, Evon Z.
1961 *Navaho. Perspectives in American Indian Culture Change*. The University of Chicago Press. Chicago.
- Wissler, Clark.
1966 *Indians of the United States*. Doubleday and Company. Garden City. N. Y.
- Woodward, A.
1938 *A Brief History of Navajo Silversmithing*. Museum of Northern Arizona. Bulletin 14. Flagstaff, Ar.
- Worcester, D. E.
1947 *The Early history of the Navajo Indians*. Tesis Doctoral. Universidad de California. Berkeley.



Fig. 1.

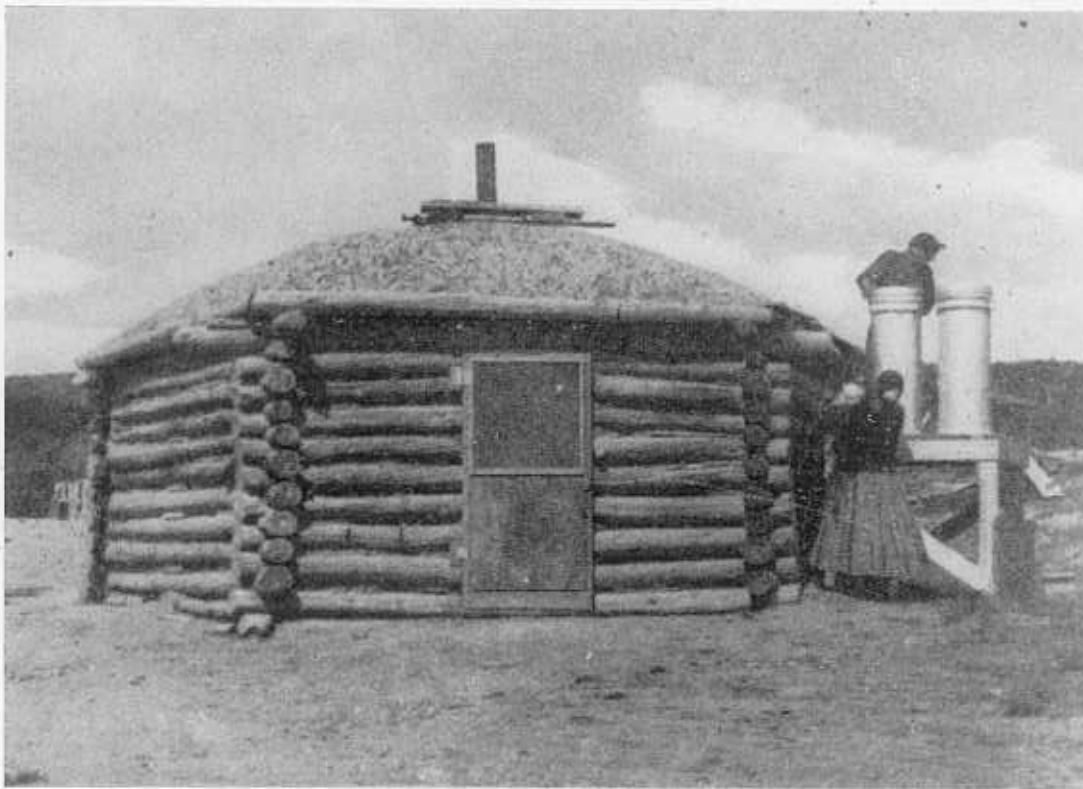


Fig. 2.



Fig. 3.



Fig. 4.



Fig. 5.



Fig. 6.